

ECOS FESTIVOS EN LA VEGA DEL PARNASO DE LOPE DE VEGA: *VERSOS DE FIESTA* *DEL PALACIO NUEVO*¹

LA VEGA DEL PARNASO: LISONJAS, QUEJAS Y ELEGÍAS

La *vega del Parnaso*, el poemario póstumo de Lope, es una viva paradoja. Contiene, por un lado, versos declaradamente adulatorios, consagrados con devoción a la élite gobernante y a la casa real; pero, por otro, acumula quejas, protestas, reivindicaciones marcadas por el airado acento de quien se siente maltratado por esas mismas altas esferas a las que lisonjea².

Es un libro dominado por el tono elegíaco, nacido en la vejez del poeta. Lloro a algunos de sus compañeros de aventuras artísticas juveniles (*Elogio en la muerte de Juan Blas de Castro*), o a un amigo de los últimos años, fray Hortensio Félix Paravicino, al que le debió de unir el conocido episodio del asalto al convento de las trinitarias en que había profesado su hija Marcela (*Eliso, égloga en la muerte del reverendísimo padre maestro...*)³. Se abre con la airada queja de *El siglo de oro* y con una suerte de autoelegía, cuando ya está prácticamente en el lecho de muerte: el soneto que dedica al poeta portugués Gabriel Pereira de Castro, para acompañar la publicación póstuma de *Ulysea ou Lisboa edificada, poema heroico* (1636).

* Recibido: 21 de diciembre de 2012. Aceptado: 31 de octubre de 2013.

¹ Este trabajo es fruto de la investigación que viene desarrollando el Instituto Almagro de teatro clásico. Se incluye dentro de los proyectos FFI2011-25673 (I+D) y CSD2009-00033 (Consolider), aprobados por la secretaría de estado de Ciencia e Innovación. La primera versión de este trabajo, bastante distinta de la actual, se presentó en el *Congreso internacional «Teatro y fiesta popular y religiosa»*, celebrado en Cusco (Perú) del 4 al 9 de junio de 2012.

² Sobre esta paradójica sensación que se desprende de la recopilación póstuma llamó la atención Rozas en su fundamental estudio de 1982 «Lope de Vega y Felipe IV en el “ciclo de senectute”» y en el artículo «El género y el significado de la *Égloga a Claudio*» (ambos reproducidos en Rozas: 1990: 73-132 y 169-196). También pueden verse mis apuntes en el prólogo al facsímil, un articulito de *Ínsula* de 1990 y el capítulo «*El Parnaso y La vega del Parnaso*», en *El universo poético de Lope* (Pedraza: 2003: vii-xvi; 2008: 147-158; y 2003: 208-215).

³ Sobre este episodio y su interpretación, *vid.* Cruickshank (2009: 165-173) y Pedraza (2000: 31-34).

Mas ¡ay! que cuando más enriqueciste
 la patria que su artífice te llama
 por la segunda vida que le diste,
 ciprés funesto tu laurel enrama,
 si bien ganaste en lo que más perdiste,
 pues cuando mueres tú, nace tu fama⁴.

Sus versos más sentidos se consagran a la muerte de personas muy próximas y queridas, como Marta de Nevares (*Amarilis. Égloga*), o su hijo y homónimo Lope Félix, que tantos disgustos le dio a lo largo de su vida (*Felicio, égloga piscatoria. En la muerte de don Lope Félix del Carpio y Luján*). A estos versos elegíacos podrían añadirse otros textos transidos de dolor y melancolía como *Huerto deshecho* o *Filis. Égloga* (a la fuga de su hija Antonia Clara). También en el género elegíaco, pero más cortesano que íntimo, hay que contar *Pira sacra en la muerte del excelentísimo señor don Gonzalo Fernández de Córdoba* (1635).

POEMAS CELEBRATIVOS

Formando contraste con estos poemas, aunque en el fondo el tono vital que transparentan sea el mismo, encontramos el reflejo del universo festivo de la corte madrileña, tanto en sus manifestaciones profanas como en las de carácter religioso. En este apartado hay que contar la *Oración que frey Lope Félix de Vega hizo en el certamen en los recoletos agustinos, cuando mudaron el Santísimo Sacramento a la capilla mayor nueva*, que Millé (1928: 425) fecha en agosto de 1620. También pertenecen a la poesía celebrativa *A san Pedro Nolasco*, escrito, según todos los indicios, con posterioridad a agosto de 1631 (fecha en que estrena los cuadernos que formarán el autógrafo que hoy conocemos como código Daza), pero que parece enlazado con los homenajes que los mercedarios rindieron a su fundador en 1629; *Canción al beato Francisco de Borja, que fue duque de Gandía, y dejó tres capelos, con que le pintan a los pies*, que se escribió para las fiestas madrileñas de la canonización (1625); y la *Isagoge a los Reales Estudios de la Compañía de Jesús* (1629). Posiblemente, también se escribiera para alguna festividad la *Canción al bienaventurado san Juan de Dios, patriarca y fundador de su religión* (1631); y quizá haya que incluir en este apartado los *Sentimientos a los agravios de Cristo, nuestro bien, por la nación hebrea*, que se integran en las ceremonias de desagravio, que tenían mucho de festivo (aunque esta idea repugne a nuestra mentalidad).

En el campo de la literatura profana, el más antiguo de los ecos festivos recogidos en *La vega del Parnaso* es el discurso *Al nacimiento del príncipe* publicado en la *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Toledo hizo al nacimiento del príncipe nuestro señor Felipe IIII* (Madrid, 1605). Por contra,

⁴ *La vega del Parnaso*, fol. 4v. Vid. Profeti: 2009.

el más tardío de este tipo de documentos poéticos es *Versos a la primera fiesta del palacio nuevo*.

Se reúnen, además, otros muchos poemas laudatorios, celebrativos, ligados a episodios cortesanos que no pertenecen estrictamente al ámbito de lo festivo, como la *Égloga panegírica al epigrama del serenísimo infante Carlos* (probablemente, Imprenta del Reino, Madrid, 1631), *Al serenísimo señor don Fernando de Austria* (hacia 1627-1632); *En la elección del eminentísimo señor cardenal Monti* (posiblemente, 1629); *Oración que hizo don Antonio de Otero y Lanoie, en unas conclusiones que tuvo delante de sus majestades, siendo niño de doce años*; o el *Diálogo militar a honor del excelentísimo marqués de Espínola*.

Muchos de estos poemas están esperando una exegesis que nos permita conocer las circunstancias de su creación, su significado en la realidad biográfica y estética del último Lope, y su valor y sentido. Aunque Asensio (1963) había ofrecido un brillante comentario de *Huerto deshecho*, veinte años después Rozas (1990: 169-170) denunciaba el desinterés crítico por estos poemas. Algo se ha hecho desde entonces. El propio Rozas analizó sagazmente «El género y el significado de la *Égloga a Claudio*» en 1983, y allegó datos y noticias sobre *Amarilis* (vid. Rozas, 1990: 169-196 y 479-517). No hace mucho, al prologar los facsímiles de las sueltas correspondientes, he tenido la oportunidad de indagar en los versos y las circunstancias de la *Égloga panegírica al epigrama del serenísimo infante Carlos*, el *Elogio en la muerte de Juan Blas de Castro*, *Huerto deshecho* y *Amarilis* (vid. Pedraza: 2010a y 2010b).

Hoy intentaré hacer lo propio con uno de los ecos festivos: *Versos a la primera fiesta del palacio nuevo*. En este caso cuento con dos valiosos precedentes: el de Marta Villarino y el de Eleonora Ioppoli y Christian Giaffreda⁵. Como podrá ver el curioso y abnegado lector que se anime a la empresa, las tres aportaciones son muy distintas y, en cierta medida, complementarias.

De los *Versos a la primera fiesta del palacio nuevo* tuvo que publicarse una suelta, a la que alude Montalbán en la *Fama póstuma*, pero de la que no hemos localizado hasta ahora ningún ejemplar (vid. Ioppoli y Giaffreda: 2012: 231-232, nota 15). En consecuencia, hemos de conformarnos con el texto que copia *La vega del Parnaso* cuatro años más tarde (1637).

LOS VERSOS...: SU DATA Y CIRCUNSTANCIA

Se trata de un poema ligado a la más estricta actualidad, casi noticiero. Se escribió, sin duda por encargo, para la inauguración del conjunto palaciego que, a prisa y corriendo, mandó construir el conde-duque de Olivares

⁵ El artículo de Villarino (2002) se ocupa fundamentalmente del marco festivo, de la estructura y sentido del poema como relación o crónica del evento, y el valor de los símbolos como elementos emblemáticos. El de Ioppoli y Giaffreda (2012) llegó a mis manos cuando ya había expuesto en el congreso de Cusco la primera versión de mi análisis. A él aludiré a lo largo de mi exposición.

como estandarte propagandístico de la magnificencia del cuarto de los Felipes. Los edificios se erigieron con precipitación y con materiales de mediana calidad, como acostumbra a ocurrir en muchas empresas de carácter político; pero se buscó un pregonero de auténtico lujo para «publicitar» la nueva obra.

Desde hace tiempo, algunos estudiosos de este poema venimos arrastrando un error que conviene aclarar. La fecha de 1632, que dio Rozas (1990: 91), y hemos repetido otros, se basa, según todos los indicios, en un lapsus de Mesonero Romanos (1861: 313-314) en su *Madrid antiguo*. Alude el «Curioso parlante» a la visita que hizo el rey el 1 de octubre de 1632 para informarse sobre la marcha de las obras y «ver los preparativos de la fiesta que en él había de hacerse para celebrar el nacimiento del príncipe Fernando, hijo de la emperatriz doña María, su hermana». Las fiestas —dice el costumbrista— «se celebraron el día 5 de aquel mes y siguientes», y las inmortalizó «la delicada lira de Lope en la *Vega del Parnaso*, en aquellos versos que llevan por dedicatoria *A la primera fiesta del palacio nuevo*».

Poco después, José Amador de los Ríos (1861-1864: III, 330), en su *Historia de la villa y corte de Madrid*, repitió la noticia; pero, quizá percatándose del error de confundir la fiesta natalicia con la inauguración del palacio nuevo, suprimió la alusión al poema de Lope de Vega. Sin embargo, Deleito y Piñuela (1997: 212-213) en *El rey se divierte* retomó la noticia de Mesonero y vinculó los versos del Fénix al festejo de 1632. Rozas aceptó el año, pero rectificó el mes, ya que el poema no deja lugar a dudas:

Pidió prestado un día
al verde mayo el rígido diciembre... (vv. 1-2)⁶

Sin embargo, el poema no alude en ningún momento al nacimiento del príncipe austríaco y, en cambio, señala que el edificio central ya estaba construido y que la obra se había realizado en brevísimo tiempo:

Un edificio hermoso,
que nació, como Adán, joven perfeto,
tan breve y suntuoso
que fue, sin distinción, obra y conceto,
en cuya idea —a fuerza del cuidado—
fue apenas dicho cuando fue formado... (vv. 25-30)⁷

⁶ *La vega del Parnaso*, fols. 61v.-64v. En el comentario señalaré los versos del poema de acuerdo con el texto de la edición crítica que he preparado y aparecerá dentro del proyecto de investigación que señalé al principio de este artículo. Está prevista su publicación para 2014.

⁷ Lope se podía sentir identificado con los creadores del nuevo palacio en esa rapidez constructiva. En la epístola *A Claudio*, incluida en el mismo volumen de *La vega del Parnaso*, se jactará de su ágil creatividad dramática: «Y más de ciento en horas veinticuatro/ pasaron de las musas al teatro» (fol. 98).

Todo ello nos lleva a pensar que el poema fue un encargo, no para la fiesta en homenaje al recién nacido sobrino del rey, sino para la inauguración del palacio nuevo. Las fechas de este acontecimiento, el lunes 5 de diciembre y el martes 6 de 1633, nos las ofrece una anónima *Copiosa relación de las grandiosas fiestas que la católica majestad del rey nuestro señor mandó hacer en la villa de Madrid [...] a honra del palacio y plaza nueva, lunes cinco de diciembre de este presente año de 1633*, que se publicó en Sevilla. Alenda y Mira (1903: núm. 988, p. 282) registró el impreso entre las *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*. Dada su rareza⁸, y para poder establecer los cotejos necesarios, edito el texto como apéndice a este artículo.

Crosby (1967: 148-149) utilizó más tarde esta noticia para datar un soneto de Quevedo que homenajea los *Versos...* de Lope, sobre el que volveremos más adelante. Brown y Elliott (1988: 72 y 282) completaron los datos a partir de esa misma *Copiosa relación...*, de los informes de Bernardo Monanni, el secretario de la legación florentina, y de las referencias de Matías de Novoa y de León Pinelo⁹.

Lope no especificó el año del evento, pero sí el mes y los días de la semana en que se celebró, y el contraste meteorológico entre ellos:

retirando de un lunes
la nieve que vistió de plata el martes,
salió con tal templanza y alegría
que dio diciembre el tiempo, y mayo el día. (vv. 21-24)

Todos los indicios vienen a corroborar los datos aportados por Brown y Elliott, cuyo estudio, al que hay que acudir para seguir las vicisitudes de la construcción del conjunto palaciego, es modelo de exactitud, pulcritud y claridad. No obstante, como nadie está libre de error, señalemos que no debe atenderse la afirmación de que Lope expresó el asombro ante la rapidez con que se levantó el palacio en un «soneto dedicatorio» (Brown y Elliot: 1988: 72). Como se puede ver, y oír, no se trata de un soneto sino de un poema bastante más extenso: 276 versos distribuidos en 46 liras de seis versos.

EL INTENCIONADO SILENCIO DE LOPE

Se trata de un poema muy elaborado, cultista, con sus ramalazos conceptuosos que, en ocasiones, frente a la proverbial claridad del Fénix, obligan

⁸ La Biblioteca Nacional de España no registra en sus catálogos este opúsculo. Solo tengo noticia de dos ejemplares: uno, en la British Library, 593.h.17.115; y otro, en la Real Academia de la Historia, 9/3687(126), que es el que edito como apéndice. Simón Díaz no incorporó el texto a sus *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, que recogió tantos documentos similares (vid. Simón: 1982).

⁹ Ioppoli y Giaffreda (2012: 230) han publicado la carta de Monanni y han comparado algunas de sus expresiones con los versos de Lope.

al lector a esforzarse para descifrar las complicadas imágenes y peregrinas correspondencias.

Son versos de circunstancias, no de las circunstancias propias, íntimas y personales, como acostumbran a ser los más conocidos y celebrados de Lope, según puso de relieve Montesinos (1969: 293), sino de las circunstancias y conveniencias políticas del momento. Enteramente al servicio de la propaganda regia, hasta el extremo de que no se cita en él más que al rey y a su valido. Todos los demás se disuelven en una masa innominada:

consejos, reino, nuncio, embajadores [...],
graves ministros, nobles senadores... (vv. 56-58)

Aunque en el juego de cañas participa la flor y nata de la aristocracia cortesana, contra lo que es habitual en este tipo de composiciones, no aparece la extensa relación de nombres que ornan y prestigian la fiesta. Lope era experto, al menos desde la descripción de las *Fiestas de Denia* y el romance «A las venturosas bodas...» (ambos de 1599), en enumerar en retahíla los componentes del cortejo. En los *Versos...* apunta la tentación de pintar caballos y jinetes; pero se disculpa alegando que sería ofenderlos el ofrecer una breve noticia de sus méritos. Quizá pensando en la existencia de otro tipo de crónica, posiblemente en prosa o en un dilatado romance, apunta:

No faltará quien diga
sus colores y patria, y de sus dueños
la militar fatiga,
porque cuando, en epítomes pequeños,
las musas grandes méritos resuelven,
las alabanzas en agravios vuelven. (vv. 151-156)

En cierta medida, la *Copiosa relación...* cubre este voluntario silencio de Lope. Aunque tampoco es particularmente pródiga en nombres propios, junto al rey y al valido, se cita, en el encierro y la corrida de toros de la mañana anterior al juego de cañas, a don Diego Zárate (el gobernador del real sitio), a don Diego Ramírez, a un hermano del marqués de Villena, y a Mejía el Platero («hombre de graciosidad», o sea, bufón). Por la tarde continúa la lidia, en la que intervinieron «solo setenta toreadores»; entre ellos, don Sebastián de Carvajal y el alcalde don Fernando. En el juego de cañas participan el alcalde don Fernando, el duque de Villahermosa, el marqués de Gelves; «la primera pareja su majestad y el conde de Olivares, en caballos morcillos, jaces encarnados y plata», y en su cuadrilla figuran «los señores marqués de Leganés, marqués del Carpio, conde de Aguilar y don Luis de Haro». Siguiéron «las demás cuadrillas, que, con la de su majestad, fueron ocho, cuyas cabezas eran su majestad, la villa de Madrid, el condestable de Castilla, el duque de Peñaranda, el conde de Niebla, el almirante, el condestable de Navarra, el duque de Medina de las Torres» (fol. 2r. y v.). El martes, en medio

de la nieve, se corrieron dieciséis toros, en cuya lidia intervinieron «el conde de Cantillana, don Antonio de Miñano (de Segovia), don Francisco Montedoca (de Utrera), don Gregorio Gallo, (de Burgos), don Gaspar Bonifaz, don Francisco Luzón, don Juan de Castilla (de Córdoba), un hermano del marqués de Villena, un hijo del marqués de Cerralvo».

Si acudimos a la carta del 10 de diciembre del secretario florentino Monanni, conservada en el archivo *Mediceo del Principato* y editada por Ioppoli y Giaffreda, nos encontramos también con una copiosa relación de nobles y altos cargos que participaron en los festejos. Incluso precisa que la cuadrilla de la villa de Madrid «era guidata dal Marchese di Gusano», detalle que no registra, por ejemplo, León Pinelo en sus *Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)*, aunque sí da en su sintética información los nombres de la mayor parte de los nobles que acaudillaban las cuadrillas (León Pinelo, 1971: 295-296; puede verse en Ioppoli y Giaffreda: 2012: 231).

Estas nóminas, tan cuidadosamente registradas por el anónimo copioso relator, por Monanni o por León Pinelo, desaparecen en los versos de Lope. Esta ausencia debía de resultar tan chocante en el género, que las excusas y justificaciones de los vv. 151-156 se reiteran en la última estrofa:

Perdonen los que fueron
dignos de tanto aplauso y alabanza,
pues con el sol salieron... (vv. 271-273)

A FAVOR DEL PROYECTO ABSOLUTISTA DEL CONDE-DUQUE

El silencio no es, desde luego, fruto del azar o la inadvertencia. El poema se escribe, sin duda, a favor del proyecto absolutista del conde-duque. En el régimen que se está construyendo, el rey se convierte en el centro único del estado. El último verso del poema subraya enfáticamente

que donde sale el sol, todo se esconde. (v. 276).

Las circunstancias meteorológicas (el sol que aparece tras un día de nieve y frío) le permitió recrear el lisonjero dístico, atribuido a Virgilio, que elevaba hasta el Olimpo el poder de Augusto:

Nocte pluit tota; redeunt spectacula mane.
Divisum imperium cum Iove Caesar habet.

La cita de Lope es ceñida y precisa:

Aquel dístico breve,
mejor que Roma, cante España agora:
«Toda la noche llueve,
vuelve los espectáculos la aurora,
porque el invicto César ha tenido
con Júpiter su imperio dividido». (vv. 103-108)

En el cuadro cortesano solo don Gaspar de Guzmán goza de distinción. Cabalga al lado del rey, «que méritos y amor igualan tanto» (v. 86), de modo que representan «la majestad y la virtud parejas» (v. 94); pero no son iguales. El monarca y el valido son el sol y el día; uno, la causa; el otro, el efecto; en perfecta pero discernible fusión aristotélica: «que el tiempo es la materia, el sol la forma» (v. 100).

Naturalmente, tenemos que imaginar a Lope haciendo equilibrios entre las celosas presiones del duque de Sessa, siempre en una estéril oposición a don Gaspar de Guzmán, y el deseo de acercarse al valido y a la casa real. Bien conocida es la carta, que Amezúa data entre interrogaciones en enero-febrero de 1630, en que recomienda prudencia al heredero del Gran Capitán y le insiste para que olvide rencillas menores y reticencias injustificadas, y atienda a sus intereses políticos y familiares (especialmente, a la carrera de su hermano don Gonzalo):

siempre estoy con ansia de que vuestra excelencia no haya querido ser amigo de quien lo quería ser suyo, y lo mostró con obras. Aún tiene tiempo vuestra excelencia de reducirse; que la mayor discreción es hacer de los enemigos amigos y humillarse como el caldero al pozo para sacar agua. [...] ¡Ah, señor!, gran cosa es no perder lo que importa por temas que no importan; que han de pasar todos adelante, y quedarse atrás quien es mejor que todos. Plega a Dios que no haya perdido algo el señor don Gonzalo por no haberse rendido vuestra excelencia. (Vega, 1935-1943: IV, 143, núm. 523)

En el poema de 1633, y en muchos otros, Lope se pone decididamente al lado del proyecto político del conde-duque, cantando el edificio que quería simbolizar la nueva realidad política y jerarquizando la realidad de acuerdo con la idea del absolutismo monárquico.

No por casualidad, el término *sol* se repite constantemente¹⁰. El «cuarto planeta» del sistema tolomeico es la metáfora que proyecta la imagen benefactora del rey sobre la sociedad. La aparición en la escena de la fiesta se compara con un amanecer:

Cual suelen al aurora
cantar las aves anunciando el día,
la música sonora
llamó los ojos donde el sol salía... (vv. 61-64)

El sol se oculta cuando el rey sale a la plaza:

Íbase al occidente
el sol por los estremos de la plaza [...],

¹⁰ Vid. el análisis que nos ofrecen Ioppoli y Giaffreda (2012: 239-242) de esta imagen que la propaganda oficial vinculó al rey.

diciendo, al despejar el horizonte:
«Donde Felipe es sol, seré Faetonte». (vv. 115-120)

Pero reaparece encarnado en el mismo rey:

volvió a formar nuestro divino Febo
segundo día por oriente nuevo. (vv. 131-132).

La descripción cultista del atardecer sirve para desplegar la imagería de jeroglíficos y emblemas, con el león español, victorioso de los sarracenos, que empuja al sol hacia occidente, como único testigo posible del dilatado imperio de Felipe IV:

Aquí el león de España,
cuyo sagrado pie besan aquellos
que en bárbara campaña
el África les dio soberbios cuellos,
hizo que, para ver su gallardía,
se fuese al Indio poco a poco el día. (vv. 187-192)

Un imperio mucho más extenso y rico que lo que pudo soñar la antigüedad. Frente a la anécdota de Alejandro, pesaroso por no tener más mundo que conquistar, el rey español ve dilatada su monarquía:

pues a pesar de océanos profundos,
para nuestro Alejandro nacen mundos. (vv. 71-72)

En el juego, fingida batalla en que las cuadrillas atacan y se retiran alternativamente al tiempo que se lanzan inofensivas cañas, el rey avanza o retrocede con su escuadrón, aunque a los que lo seguían no les fuera posible, por el respeto debido a la corona, «tirar al sol» (v. 214). Cubierto por la adarga, «el lince que más cielo y tierra abarca», es decir, el sol, ojo que divisa desde la altura la totalidad del orbe, se sorprende de «ver que cubrir pudo/ tan pequeño dosel, tan gran monarca» (vv. 219-220); pero, al fin, esa circunstancia sirve para establecer un nuevo paralelismo con el astro rey:

que el sol también, cuando más alto sube,
cifra los rayos en sucinta nube. (vv. 221-222)

Antes de acabar los juegos y emprender la partida, de vuelta al alcázar, Felipe IV recorre la plaza recién inaugurada,

favor, aunque excesivo, no sin arte,
que el sol mejor se ve cuando se parte. (vv. 263-264)

MUDANZAS DE FORTUNA

La exaltación del poder está presente también en el lujo de los vestidos, bordados de blanco sobre rojo, que sugiere las tonalidades de la rosa, y con ella, la fugacidad del tiempo y de la vida:

aurora apenas, cuando breve ocaso. (v. 78)

La simbología de los pétalos blancos (cortesanía) y el color encarnado (ejercicio militar y guerrero) transmite la imagen del galán y soldado, y el dorado de los estambres, la majestad; pero todo ello sirve de brillante y cultista *memento mori*:

Lo blanco y encarnado
eran las hojas, con igual decoro
de galán y soldado;
la majestad real, átomos de oro,
la brevedad, el bien y la belleza,
que entrambos pasan con igual presteza. (vv. 79-84)

Los lances alternativos del juego de cañas, donde los escuadrones avanzan o retroceden de forma concertada y preestablecida, dan ocasión al poeta para lanzar un mensaje neoestoico ante la inestabilidad de la suerte:

Que es yerro no temer mudanza alguna
en la velocidad de la fortuna. (vv. 179-180)

Quizá en las amargas vicisitudes de la guerra de los Treinta Años, que Lope apenas llegaría a ver, el rey pudo recordar esta advertencia poético-filosófica, lanzada por el poeta en el momento en que el éxito, no exento de enormes dificultades, sonreía a las armas españolas: un año antes (16 de noviembre de 1632), Gustavo Adolfo de Suecia había muerto en la batalla de Lützen, y diez meses después (6 de setiembre de 1634), el cardenal-infante don Fernando de Austria obtenía la victoria de Nördlingen.

LA DESCRIPCIÓN: CULTISMO, CONCEPTISMO, IMÁGENES VANGUARDISTAS

Sabemos, por la *Copiosa relación...*, que las fiestas cortesanas se extendieron a lo largo de, al menos, seis días. Los reyes se trasladaron al Buen Retiro el jueves 1 de diciembre: «Aquella noche hubo comedia de dos compañías, y luego una gran merienda y cena a sus majestades y las damas» (fol. 1v.). Las jornadas que siguieron se pasaron entre visitas, banquetes y regalos. El lunes 5, «a las seis de la mañana, que casi no era de día», el conde-duque acudió para preparar el gran festejo de la inauguración. A pesar de haber estado lloviendo todo el domingo, a las nueve se celebró el encierro. Por la

mañana se corrieron cuatro toros. Por la tarde siguió la corrida: el rey la presencié hasta la muerte del tercer toro. Se retiró a vestirse para el juego de cañas y, en tanto, se mataron otras tres reses. Tras esto, irrumpieron en la plaza ocho cuadrillas (la primera encabezada por el monarca) y se vieron los juegos de parejas y las fingidas acometidas y retiradas, lanzaron las cañas y se adargaron tras los escudos. El rey estaba tan divertido que no quería abandonar el palenque: «y decía: “Va otra, va otra”» (*Copiosa relación*, fol. 2v.). Acabado el juego, dio dos vueltas al ruedo de la plaza. Al día siguiente, martes, se corrieron dieciséis toros.

Frente a las demás relaciones conservadas, el poema de Lope no alude en ningún momento a la fiesta taurina, quizá porque nunca fue muy aficionado, como parece deducirse de algunos fragmentos de sus comedias y de su epistolario (*vid.* Arco Garay: 1941: 496-504), o —lo que me parece más probable— porque no deseaba ocupar su pluma más que en los actos en que intervino personalmente el rey —o no debía hacerlo, en función de los términos acordados al encargarle la obra—. El caso es que, según los *Versos...*, la primera fiesta del palacio nuevo fue un juego de cañas, aunque en realidad fue la segunda o la tercera: recordemos que el jueves se representó una comedia, y el lunes se corrieron diez toros antes de que apareciera en la arena Felipe IV a caballo.

La descripción de la fingida batalla pone el énfasis en el colorido tanto del marco festivo como de las evoluciones de los jinetes. La «blanca y roja aurora» sale con la frente ceñida «de perlas y crisólitos» (vv. 16-17). El jardín está festoneado por macizos y líneas de flores («donde al principio del invierno estaba/ tan viva la florida primavera», vv. 46-47), y todo se metaforiza, conceptuosamente, en un bordado de oro que forma íntima unidad con el tejido al que adorna:

Como se adorna y pinta
en hilos de oro, tela de colores;
que, con estar distinta
una de otra labor, hojas y flores,
adonde más la vista se desvela,
juntas parecen una misma tela. (vv. 49-54)

También las cuadrillas de caballeros forman un jardín en movimiento, un laberinto guiado por el rey. Cuando se enfrentan (lanzan unos las cañas al aire, los otros se parapetan tras las adargas y flamean al aire los plumeros), vuelve a surgir la imagen de un jardín volátil, con todo el lujo de alusiones cultistas y referencias a la mitología y a la historia antigua:

¿Quién vio cuadros de flores
ir por los aires vagos? ¿Quién, abriles
tirándose colores?
¿Quién, tempes? ¿Quién, hibleos? ¿Quién, pensiles?
¿Y quién —no habiendo Orfeo—, andar los prados
de plumajes de flores coronados? (vv. 181-186)

En medio, citas literarias, intertextualidades reconocibles por sus primeros lectores, como el guiño a la famosa dedicatoria de la *Égloga I* de Garcilaso:

Vuela el jinete ardiente,
el acicate en púrpura bañado... (vv. 127-128)¹¹

Y junto a esto, equívocos humorísticos, como en la alusión a la cuadrilla que, ante el avance del rey, huye

para no recibir —y no es en vano—
lo que les quiere dar con propia mano. (vv. 209-210)

O la imagen sorprendente, que podría recordarnos secuencias de dibujos animados, en que los objetos parecen cobrar vida propia. El rey se retira veloz del escuadrón contrario, invisible a los ojos, porque

de suerte con la adarga se cubría,
que ella sola parece que corría. (vv. 215-216)

No falta el guiño metaliterario («Aquí, si yo tuviera/ culta musa hiperbólica, pintara/ caballos...», vv. 145-147), en el que asoma una punta de ironía, ya que, como es bien sabido, una de las técnicas tópicas que dominaba Lope era la gallarda descripción de las caballerías, como puede verse en numerosas comedias y relaciones de fiestas¹².

En el mismo fragmento hay un apunte de sociología literaria (adelanto de Burguillos) que insinúa la escéptica búsqueda del galardón y la siempre dudosa generosidad del retratado:

Por ver si alguno, en tanta copia, ha sido
de verse retratar agradecido. (vv. 149-150)

EL SENTIMIENTO GEÓRGICO EN UN POEMA CORTESANO

En estos *Versos...*, cultistas y conceptuosos, de asunto alejado de los avatares sentimentales y biográficos de su autor, tan distantes de lo que común-

¹¹ Recuérdese que Garcilaso, en la *Égloga I* (vv. 18-19) imagina a don Pedro de Villafraña, virrey de Nápoles, «en ardiente jinete, que apresura/ el curso tras los ciervos temerosos...» (Garcilaso: 1995: 121).

¹² La descripción de caballos se había convertido en tópico manido, sobre el que Calderón ironiza, en fechas muy próximas a la composición de los *Versos...*, a través de las palabras de Clarín, en *La vida es sueño*: «En un veloz caballo/ —perdóname que fuerza es el pinto/ en viniéndome a cuento—...» (Calderón, 2001: vv. 2672-2674). Lope, a través de sus comedias y relaciones, tuvo mucho que ver en la fijación de este tópico que parecía inexcusable a la figura del donaire. Sin embargo, en los *Versos a la primera fiesta...* rehúye significativamente desarrollar la descripción.

mente identificamos con el arte y la voz de Lope de Vega, no falta, sin embargo, un detalle que nos remite a la primigenia cultura del poeta. Aunque fue siempre un urbanita, uno de los contados madrileños nacidos en Madrid, es peculiar de su sensibilidad estética y su concepción del mundo el interés por los asuntos rurales. Quizá porque hasta la fecha de su nacimiento, su villa natal fue uno de los poblachones manchegos dedicados a la agricultura; quizá porque el campo castellanonuevo alentaba a poca distancia de las calles en que vivió su infancia; quizá porque el santo madrileño por excelencia fue un labrador; quizá porque, al poetizar su figura, descubrió un nuevo universo poético: el de las quintillas octosilábicas taraceadas con imágenes y motivos campesinos..., lo cierto es que Lope siempre sintió un vivo interés literario por el mundo rural, no tanto el de las idealizadas bucólicas, sino aquel más real y verificable de las geórgicas. Buen ejemplo de esta inclinación lo tenemos en la creación de la comedia villanesca, con piezas tan fértiles en su tiempo y hoy tan celebradas como *Peribáñez y el comendador de Ocaña* o *Fuenteovejuna*.

Parece que este sentimiento no podía tener cabida alguna en un poema cortesano para cantar una artificiosa fiesta caballerescas con la que conmemorar la inauguración de un palacio. Sin embargo, la atención a las circunstancias climáticas y una conceptuosa prosopeya le permitieron aludir a un deseo siempre vivo en la gente del campo: el de un mayo lluvioso, que permite que crezcan las mieses y engorden los frutos. Tan arraigado está ese sentimiento en el pueblo español, que cualquier suceso particularmente favorable se recibe «como agua de mayo».

Pues bien, en medio de la pompa y circunstancias de la corte, Lope se acuerda de sus labradores. Empieza diciendo que «pidió prestado un día/ al verde mayo el rígido diciembre»; accedió mayo a ceder una jornada radiante a los brumosos y fríos estertores del otoño del 1633, pero no fue una donación, sino un préstamo:

Mayo, por que le diese
otro por él, que cuando el sol le baña
tan pardo amaneciese,
que inundase de Ceres la campaña... (vv. 7-10)

Mayo cedió su luz al nublado diciembre en que se celebró la fiesta cortesana, a cambio de que se le devolviese un día otoñal y lluvioso con el que los campos pudieran reverdecer «cuando hace la calor».

UN POEMA-HOMENAJE DE QUEVEDO

Los *Versos a la primera fiesta del palacio nuevo*, tan poco atendidos a lo largo de los siglos, no pasaron inadvertidos en su tiempo. Un ingenio de pri-

merísimo orden se hizo eco de ellos y los glosó con veneración. Francisco de Quevedo siempre fue admirador de Lope (muy justamente correspondido), y en ese momento (1633) y coyuntura (la inauguración del palacio real) ambos se encontraban unidos por unos mismos intereses políticos en la onda marcada por el conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor.

El comentario a los *Versos...* se encuentra en un soneto dedicado *Al rey nuestro señor don Filipe IV* (Quevedo: 1963: núm. 229)¹³. Ya González de Salas anotó las circunstancias y las relaciones literarias:

Escribióse con ocasión de haber salido [el rey] en un día muy lluvioso a jugar cañas y haberse serenado el cielo; y Lope de Vega describió esta fiesta en liras.¹⁴

La ponderación del poder real, que gobierna «cuanto el mar cerca, cuanto el sol abriga», se subraya, como en Lope, por su imperio sobre el clima,

haciendo que el invierno se desdiga
de los yelos y nieves que blasona.

En el mínimo asunto de la fiesta cortesana, Quevedo se muestra el poeta intenso, nervioso, enérgico, de tantos versos amorosos, morales y metafísicos. Glosa a Lope, pero no renuncia a sus deslumbrantes prosopeyas, a sus insólitas asociaciones, a su estilo ceñido y contundente:

Pudo al sol que al diciembre volvió mayo,
volverle, de invidioso, al occidente,
la luz con ceño, el oro con desmayo.
Correr galán y fulminar valiente
pudo; la caña en él, ser flecha y rayo...

Para rematar con la referencia explícita y entusiasta al amigo y maestro:

pudo Lope cantarle solamente.

Por esas mismas fechas, el Fénix correspondía con un soneto que vería la luz en las *Rimas de Tomé de Burguillos*. Admira en él el “profundo ideal concepto”; pondera que es “lo más sutil del mundo”. El mismo Apolo da esta respuesta al simpático Burguillos, que persigue la excelencia poética:

¹³ Crosby (1967: 148-149) dató el poema quevedesco y comentó algunos aspectos de la relación con los *Versos...* de Lope.

¹⁴ La nota encabeza el poema en la primera edición del *Parnaso español* (1648). La recoge Blecua en su edición, al pie del texto.

«Burguillos, si queréis teñirla de oro,
bañalda en el ingenio de Quevedo.» (Vega: 1969: 1424)¹⁵

EN CONCLUSIÓN

Entre los variados ecos festivos que hallaron acogida en la edición póstuma de *La vega del Parnaso*, los *Versos a la primera fiesta del palacio nuevo* reflejan, no solo una celebración cortesana, sino también, de forma indirecta pero contundente, la adscripción de Lope a un proyecto político: el concebido por don Gaspar de Guzmán y encarnado por el todavía joven Felipe IV. Además, revela la voluntad de trabajar un estilo conceptuoso y cultista, pródigo en referencias eruditas, citas clásicas, reflexiones metaliterarias y léxico suntuario, junto a imágenes insólitas, dilogías y juegos conceptuales que derivan hacia cierta visión humorística de la fiesta. Quevedo se percató de estas características del poema y le dedicó un elogioso soneto en que exaltaba, en un estricto paralelismo anafórico, el poder político de Felipe IV, puesto en tensión ante la guerra de los Treinta Años, y el dominio poético de su amigo y maestro.

Desde nuestra perspectiva, el asunto (una irrelevante fiesta cortesana que despilfarró el dinero de los contribuyentes) no está a la altura del tema (la construcción del estado moderno: la monarquía absoluta); pero sin duda, los políticos del siglo XVII tenían una visión muy distinta de la nuestra. En su concepto, los gestos simbólicos (la vertiginosa construcción de un nuevo palacio) y el aparato suntuario (las ceremonias de su inauguración, cuando

¹⁵ Rozas (1984) especuló sobre las relaciones entre los dos grandes poetas en los años treinta del siglo XVII. Su hipótesis central señala un distanciamiento entre ambos con motivo de la aprobación de Quevedo al libro de José de Pellicer *La Fénix y su historia natural* (Madrid, 1630). Ese momentáneo enfriamiento —mantiene Rozas— se superó cuando Quevedo escribió el famoso soneto, inspirado en unos versos de Marcial «Pues te nombra Marcial, Félix o Lope,/ Lope feliz, ¿por qué tanta tristeza...?» (Quevedo, 1963: núm. 288), que otros estudiosos (Blecua, por ejemplo, en su nota) han considerado de fecha próxima y posterior al soneto de Góngora «Anacreonte español, no hay quien os tope...» (1609). La razón que aporta Rozas (la cita de los versos de Marcial en el *Preludio o apología de don Josef Pellicer por sí mismo* que precede a *La Fénix y su historia natural*) no es tan determinante como propone para fijar la fecha entre noviembre de 1629 y 1630 (Rozas: 1984: 322). Quevedo tenía en la memoria a Marcial (algunos de cuyos epigramas tradujo) y no precisaba que Pellicer le recordara estos versos. Podía, incluso, haber ocurrido lo contrario: que Pellicer, lector del soneto de Quevedo y de su epígrafe, recordara a través de esta fuente los versos de Marcial para atacar a Lope. Quizá Rozas se persuadió de la endebles de su razonamiento o lo creyó ya suficientemente expuesto en su artículo «Lope contra Pellicer (historia de una guerra literaria)», reproducido en *Estudios...* (Rozas: 1990: 133-168, en especial, las pp. 140-141). El caso es que el artículo sobre «El soneto de Quevedo “En alabanza de Lope de Vega”» no se incluyó en sus *Estudios sobre Lope de Vega*. Sea como fuere, sí hubo algunas diferencias por causa del libro de Pellicer, Quevedo dio en esas fechas variadas muestras de su afecto y admiración por Lope, al margen del soneto «Pues te nombra Marcial...». Una de ellas, el soneto «Al rey nuestro señor don Felipe IV»; otra, la aprobación cómplice de las *Rimas de Burguillos*.

aún no estaba acabado) pesan más que la realidad. Parece que no hemos avanzado demasiado: la política centrada en fastos y fiestas ha estado tan viva en los primeros años del siglo XXI como en 1633.

APÉNDICE¹⁶

[fol. 1r.]

COPIOSA RELACIÓN DE LAS GRANDIOSAS FIESTAS
QUE LA CATÓLICA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR
MANDÓ HACER EN LA VILLA DE MADRID,
ASISTIENDO A ELLAS SU REAL PERSONA
Y LOS DEMÁS PRÍNCIPES QUE ASISTEN EN LA CORTE,
A HONRA DEL PALACIO Y PLAZA NUEVA.
LUNES 5 DE DICIEMBRE DE ESTE PRESENTE AÑO DE 1633.

Con licencia.

Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas,
junto a donde solía estar el Correo mayor.
Año de 1633.

[fol. 1v.]

El juego de cañas del palacio nuevo se determinó fuese ayer, lunes cinco de diciembre, estando sus majestades desde el jueves allá, donde el hospedaje y dádivas de los validos han sido sin número. Aquella noche hubo comedia de dos compañías, y luego una gran merienda y cena a sus majestades y las damas, y después de ella, grandes presentes al rey y a las damas. A cada una, una estufilla de martas y un corte de tela de veinticinco varas, en el cual sortearon los colores, y un bolsico con medios reales segovianos y un real de a cincuenta, una baraja de naipes, perinola y arenillas para jugar.

Otro día se pasó en ver los escritorios y lo que había dentro, que eran las mayores curiosidades que se pueden imaginar. Este día presentó el protonotario a su majestad tres bolsos grandes de terciopelo carmesí, y en cada uno, dos mil ducados en doblones de a cuatro segovianos, hechos para el mismo efeto. Este día se pasó en ver el rey nuestro señor las fiestas. Empezose a empeorar el tiempo, y a llover infinito, con que pareció imposible haber fiesta. Con todo, se fueron acabando las prevenciones, de manera que su majestad persistió en

¹⁶ Como he señalado, edito aquí el ejemplar de la Real Academia de la Historia, 9/3687(126). Modernizo la ortografía en todo lo que carece de valor fonológico, puntúo de acuerdo con las normas actuales y divido en párrafos según mi criterio. En el volumen facitico de la Real Academia de la Historia al que se incorporó este opúsculo, las hojas se han numerado como 665 y 666. En realidad, se trata de un díptico que apareció suelto. Señalo los cambios de página de acuerdo con la inexistente foliación del original.

que había de ser el lunes de juego de cañas, y cuatro toros antes de él. Y hoy, martes, hubo toros con muchos toreadores. Y se envió orden a los consejos cómo había estas dos fiestas, y que a las once estuviesen en sus ventanas.

Llovió tanto el domingo, y duró hasta las dos de la noche, que se tuvo por cierto que no se podría hacer la fiesta. Con que a las seis de la mañana, que casi no era de día, estaba el señor conde-duque en la plaza a caballo, componiendo las puertas y disponiendo el encierro, que fue a las nueve, habiendo puesto en el balcón de su majestad unas antiparas de vidrieras, guarnecidas con terciopelo carmesí y tachuelas doradas. Era cosa estremada, quedando sus majestades como en un relicario.

Entraron los toros, y luego don Diego Zárate, el gobernador, con todos los vaqueros, y después de haber hecho muy buenas suertes al encerrarse, se empezaron a correr cuatro toros, a que entraron con la vara larga algunos caballeros, y entre ellos, don Diego Ramírez [fol. 2r.] y un hermano del marqués de Villena. Don Diego, queriendo hacer una suerte, le derribó a él y al caballo, de manera que le cogió debajo y, queriendo socorrerle el Pacheco, se le cayó la espada. Don Diego alcanzó al toro a pie, y le dio dos cuchilladas, y los demás mataron al toro. Luego entró una lanzada, y fue Mejía el Platero, hombre de graciosidad, y la dio muy bien, con que se acabaron los cuatro toros de la mañana. A la tarde, se empezó la fiesta a cosa de las dos, poniéndose sus majestades en la ventana.

Despojose¹⁷ la plaza en la forma ordinaria, la cual ha salido la más linda cosa que puede ser, porque parece toda una alcorza, como está nueva. No es grande ni chica; tiene balcones todo alrededor, y lo mismo en el segundo suelo (aunque más chicos) están todos dorados y negros, cosa que hace linda vista. Los primeros se repartieron a todos los consejos para maridos y mujeres; los segundos, a personas particulares.

Corriéronse tres toros, habiendo en la plaza solo setenta toreadores, que se señalaron con unas bandas encarnadas. Entró un hijo de don Sebastián de Carvajal, y el alcalde don Fernando, que hizo algunas suertes, aunque en una cayó. Al tercero toro, se fue su majestad a vestir, y entretanto que lo hacía, se corrieron otros tres toros y entró el juego de cañas, y en primer lugar, el duque de Villahermosa y el marqués de Gelves por padrinos, y pidieron licencia a la reina nuestra señora, con que empezaron a entrar los trompetas y atabales en gran número, vestidos de encarnado, negro y blanco, que eran los colores de su majestad la reina. Luego, doce acémilas con cañas, reposteros bordados, muchos penachos, garrotes y todos los hierros de plata. Empezó la entrada, y fue la primera pareja su majestad y el conde de Olivares, en caballos morcillos, jaeces encarnados y plata; y toda la cuadrilla fue de la misma manera que fueron los señores marqués de Leganés, marqués del Carpio, conde de Aguilar y don Luis de Haro. El traje era calzones y ropillas de lana¹⁸

¹⁷ En el impreso se lee *despojose*. Se trata, sin duda, de una errata.

¹⁸ En el impreso se lee *lama*. Parece errata.

negra, guarnecidos con pasamanos negros, encarnados y plata, herrueruelos gayados de lo mismo, mangas y toquillas muy bordadas, y penachos grandes; y a este respeto y traje fueron las demás cuadrillas, que, con la de su majestad, fueron ocho, [fol. 2v.], cuyas cabezas eran su majestad, la villa de Madrid, el condestable de Castilla, el duque de Peñaranda, el conde de Niebla, el almirante, el condestable de Navarra, el duque de Medina de las Torres.

Las carreras de la entrada, que fueron tres, se corrieron de lindas parejas. Jugáronse las cañas de lo mejor que se ha visto en esta villa de Madrid, y estaba su majestad tan gustoso que no quería dejarlas, y decía: "Va otra, va otra". En acabando, se quitó la adarga y dio dos vueltas de paso a la plaza, con que se acabó la más linda fiesta, con el más lindo día que se ha visto jamás.

Hoy, martes seis, amaneció un día con mucho hielo y frío; pensose que venciera el sol. Y al mediodía, que fue la hora en que todos iban a la plaza a la segunda fiesta, que no ha sido menos buena que la primera, empezó a nevar tan fuertemente que cuajó en la plaza mucha. Y con este temporal, se puso su majestad en la ventana, y se despejó la plaza y empezaron a entrar toreadores, que fueron los siguientes: el conde de Cantillana, don Antonio de Miñano (de Segovia), don Francisco Montesdoca (de Utrera), don Gregorio Gallo (de Burgos), don Gaspar Bonifaz, don Francisco Luzón, don Juan de Castilla (de Córdoba), un hermano del marqués de Villena, un hijo del marqués de Cerralvo. Toreose estremadamente, y el de Utrera mató tres toros; hubo muchas cuchilladas. Corriéronse dieciséis toros, y todo el tiempo que duró la fiesta, nos nevó a cuestras. Y era cosa de ver toda la plaza llena de gente y toreando, que es cosa que no se había visto jamás. Y cuando salimos, había un palmo de nieve en las calles y en el campo.

Mañana en la tarde dicen hay otra fiesta. Yo entiendo no será menos que la pasada.

FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALENSA Y MIRA, Jenaro. (1903) *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*. Madrid.
- AMADOR DE LOS RÍOS, José (con la colaboración de Juan de Dios de la RADA y DELGADO). (1861-1864) *Historia de la villa y corte de Madrid*, Madrid. 4 tomos. Facsímil: Madrid. Fernando Plaza del Amo. 1990.
- ARCO GARAY, Ricardo. (1941) *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid.
- ASENSIO, Eugenio. (1963) «Ensayo de interpretación», estudio preliminar al facsímil de *Huerto deshecho* de Lope de Vega. Madrid. Castalia. 7-23.

- BROWN, Jonathan, y John H. ELLIOT. (1988) *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*. Madrid. Revista de Occidente/Alianza. 3ª reimposición. Primera edición inglesa: *A palace for a King. The Buen Retiro and the Court of Philip IV*. Yale University. 1980.
- CALDERÓN, Pedro. (2001) *La vida es sueño*. Ed. Milagros Rodríguez Cáceres. Barcelona. Octaedro.
- Copiosa relación*. (1633) *Copiosa relación de las grandiosas fiestas que la católica majestad del rey nuestro señor mandó hacer en la villa de Madrid [...] a honra del palacio y plaza nueva, lunes cinco de diciembre de este presente año de 1633*. Sevilla.
- CROSBY, James O. (1967) *En torno a la poesía de Quevedo*. Madrid. Castalia.
- CRUICKSHANK, Don W. (2009) *Calderón de la Barca. Su carrera secular*. Madrid. Gredos.
- DELEITO Y PIÑUELA, José. (1997) *El rey se divierte*. Barcelona. Altaya.
- GARCILASO DE LA VEGA. (1995) *Obra poética y textos en prosa*. Ed. Bienvenido Morros, estudio preliminar de Rafael Lapesa. Barcelona. Crítica.
- IOPPOLI, Eleonora, y Christian GIAFFREDA. (2011) «Versos a la primera fiesta del palacio nuevo di Lope de Vega». *por tal variedad tiene belleza. Omaggio a Maria Grazia Profeti*. Ed. Antonella Gallo y Katerina Vaiopulos. Firenze. Alinea. 227-246.
- LEÓN PINELO, Antonio (1971) *Anales de Madrid (desde el año 1447 al de 1658)*, ed. P. Fernández Martín. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de. (1861) *El antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Madrid. Facsímil: Madrid. Marcos Leal. 1986.
- MILLÉ Y GIMÉNEZ, Juan. (1928). «Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas de Lope de Vega». *Revue Hispanique*. 74. 345-572.
- MONTESINOS, José F[ernández]. (1969) «Lope de Vega, poeta de circunstancias». *Estudios sobre Lope de Vega*. Salamanca. Anaya. 293-308.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. (2000) *Calderón. Vida y teatro*. Madrid. Alianza.
- (2003) *El universo poético de Lope de Vega*. Madrid. Laberinto.
- (2008) «“Que ya no he menester a la fortuna” (notas sobre los últimos poemarios de Lope)». *Lope de Vega, genio y figura*. Universidad de Granada. 147-158. Primera ed.: (abril de 1990) *Ínsula*. 520. 21-22.
- (2010a) «“Pues sabed que es el alma de mi pecho...”. Una elegía íntima», introducción al facsímil de *Amarilis. Égloga* de Lope de Vega. Toledo/Cuenca/Pamplona. Fundación CCM/Universidad de Castilla-La Mancha/Griso. 9-86.
- (2010b) «Elegías y elogios cortesianos del último Lope», introducción a los facsímiles de *Elegías y elogios cortesianos* de Lope de Vega. Toledo/Cuenca/Pamplona. Fundación CCM/Universidad de Castilla-La Mancha/Griso. 9-79.
- PROFETI, Maria Grazia. (2009) «Los “últimos versos” de Lope de Vega». *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*. Joaquín Álvarez Barrientos y otros (eds.). Madrid. CSIC. 557-563.
- QUEVEDO, Francisco de. (1963) *Obras completas. I. Poesía original*. Ed. José Manuel Blecuca. Barcelona. Planeta.
- ROZAS, Juan Manuel. (1990) *Estudios sobre Lope de Vega*. Ed. Jesús Cañas Murillo. Madrid, Cátedra.
- Artículos citados:
- pp. 73-132: «Lope de Vega y Felipe IV en el “ciclo de senectute”». Primera ed.: (1982) Cáceres. Universidad de Extremadura;
- pp. 133-168: «Lope contra Pellicer (historia de una guerra literaria)». Primera ed.: AA. VV. (1984) *La literatura en Aragón*. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y La Rioja. Zaragoza. 69-99;

- pp. 169-196: «El género y el significado de la *Égloga a Claudio*». Primera ed.: AA. VV. (1983) *Serta philologica. Homenaje a Fernando Lázaro Carreter*. Cátedra. Madrid. II, 465-484;
- pp. 479-518: «La *Égloga Amarilis* en el contexto del “ciclo de senectute”»;
- «El soneto de Quevedo “En alabanza de Lope”». *Anuario de estudios filológicos*. 7. 1984. 319-322.
- SIMÓN DÍAZ, José. (1982) *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, Madrid. Instituto de Estudios Madrileños.
- VEGA, Lope de. (1935-1943) *Epistolario*. Ed. Agustín G. de Amezúa. Madrid. Real Academia Española. 4 vols. Los dos primeros, titulados *Lope de Vega en sus cartas*, son prólogo a los textos contenidos en los siguientes.
- (1969) *Obras poéticas*. Ed. José Manuel Blecua. Barcelona. Planeta.
- VILLARINO, Marta. (2002) «*Versos a la primera fiesta del palacio nuevo*, una relación de Lope de Vega». María Luz González (ed.). *IV coloquio internacional de Historiografía Europea. Cuestiones y propuestas y I jornadas de estudios sobre la modernidad clásica. Octubre de 2001*. Universidad Nacional de Mar del Plata. Publicación digital.